

## **Declaración ecuménica del Credo niceno-constantinopolitano**

Al cumplirse el 1700.º aniversario de la celebración del Concilio de Nicea, presidido por Osio, obispo de Córdoba, en el que fue proclamada la fe en la Santísima Trinidad, que profesamos las confesiones cristianas, deseamos reafirmar esta fe que nos une. El texto del Credo de Nicea entró casi al pie de la letra en la Profesión de fe del Concilio de Constantinopla del año 381 d.C. Esta es la fórmula de la profesión de fe que los cristianos reconocemos hoy como el Credo Niceno-Constantinopolitano, o simplemente Credo Niceno.

Aprovechando esta ocasión, y en el mismo espíritu de Nicea, que quiso preservar la unidad de la Iglesia y “traducir” al lenguaje y los conceptos filosóficos de su tiempo la verdad revelada, los cristianos de diversas confesiones deseamos compartir la alegría de poder decir juntos “creemos”, para seguir promoviendo la comunión plena y visible entre todos los cristianos. Por eso afirmamos que:

***Creemos en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.***

Los cristianos confesamos el señorío de Dios sobre toda la creación, material y espiritual, visible e invisible, sobre el tiempo y el espacio, sobre todas las criaturas y, de forma especial, sobre el ser humano. Todo es obra de su acción creadora, libre y gratuita, todo es obra de su amor.

En una cultura que ensalza al ser humano y endiosa su potencial creativo científico-técnico, que se enorgullece de su autosuficiencia y llega a fabricar proyectos humanistas de salvación al margen de Dios, los cristianos afirmamos que “creó Dios al ser humano a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y hembra lo creó” (Gén 1, 27). Por ello ocupa un lugar único en la creación, pues, de todas las criaturas visibles solo el ser humano es capaz de conocer y amar a su Creador, y está llamado a participar, por el conocimiento y el amor, en la vida de Dios. Para ese fin ha sido creado y ahí radica la razón fundamental de su dignidad. Tenemos la experiencia y la convicción de que el ser humano es intrínsecamente religioso, abierto a la trascendencia, y que posee una sed de Dios que no puede ser apagada sin negar la verdad de su propia naturaleza. Por eso, afirmamos el derecho de toda persona a profesar su religión y a ser respetada en su conciencia como un bien esencial.

Creados “a imagen y semejanza de Dios” y redimidos por Cristo, afirmamos la dignidad infinita e inalienable que le corresponde a todo hombre y a toda mujer, más allá de las circunstancias, estado o situación en la que se encuentre. Esto nos mueve a trabajar por la promoción de todo ser humano y el respeto de sus derechos fundamentales, especialmente allí donde la dignidad de nuestros hermanos es vulnerada: donde la vida no es respetada como un don sagrado desde su inicio a su fin; donde los seres humanos son discriminados y perseguidos por su fe; donde los pueblos sufren las consecuencias de la violencia y la guerra; donde la desigualdad y la injusticia conducen a la explotación de los más pobres; donde los inmigrantes son rechazados y no acogidos como hermanos o donde, mediante la “trata de personas”, se comercia con la vida humana.

Jesús nos ha revelado el rostro de Dios Padre, misericordioso, que nos invita a ser igualmente misericordiosos con nuestros hermanos. La misericordia crea vínculos de confianza y fraternidad, constituyendo sociedades sólidas, capaces de perdonar, de superar polarizaciones y posiciones enfrentadas, y de trabajar por el bien de todos, especialmente de los más débiles. La fe en el Padre misericordioso nos lleva a reconocer en el otro a un hermano, igual en dignidad, al que debemos sostener y amar, expresando así una fraternidad que abraza a toda la humanidad. Como cristianos tratamos a todos como hermanos y, cumpliendo el mandato misionero de Jesucristo, llevamos a todos el Evangelio, anunciando a todos la dignidad infinita de su vocación, pues “amorosamente (el Padre) nos ha destinado de antemano, y por pura iniciativa de su benevolencia, a ser adoptados como hijos suyos mediante Jesucristo” (Ef 1, 4-5).

Dios, el Padre, es el creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible. La creación entera, por tanto, por la presencia y la actividad de Dios en ella, está llena de su gloria (cf. Is 6,3), lo que nos permite contemplar en el mundo la caligrafía del Creador, es decir, la huella de su presencia y las leyes que Él ha inscrito en la creación. Por eso, hacemos una llamada urgente a detener el uso irresponsable de los bienes de la tierra y la explotación inconsiderada de la naturaleza, que provoca su deterioro y destrucción, a trabajar incansablemente por una ética de la creación, capaz de transformar estilos de vida, modelos de producción y de consumo, y respeto al medio ambiente, de manera que entre todos logremos alcanzar una auténtica ecología integral.

***Creemos en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre.***

Al renovar la fe de la Iglesia proclamada en Nicea en el año 325, volvemos a afirmar con firmeza que Jesucristo es de la misma naturaleza del Padre, verdadero Dios, engendrado y no creado; y, al mismo tiempo, verdadero hombre, semejante a nosotros, sin pecado (cf. Heb 4,15). Él es más grande que cualquiera de los profetas (cf. Mt 12, 41-42; Mt 16, 13-23), no fue simplemente un hombre “especial” que proclamó un mensaje ético atrayente. Tampoco es un ser “sobrenatural” despojado de la carne y sin historia, que incita a una vivencia de la fe como huida del mundo. Él es el Verbo encarnado, en quien se esclarece el misterio del ser humano, la imagen de Dios invisible (Col 1,15), el que revela al hombre el auténtico rostro del Padre, y el que manifiesta la plenitud de lo que es el hombre y su vocación definitiva. “No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros podamos salvarnos” (Hch 4, 12).

Confesamos que Jesucristo, por la encarnación, es el Mesías, el Hijo de Dios vivo (cf. Mt 16, 16), el centro de la historia y del universo, el que nos conoce y nos ama, compañero y amigo. Por eso, los hombres y mujeres de todos los tiempos ya no vagan errantes y sin sentido, pues Jesucristo es la Luz, el Camino, la Verdad, la Vida, el Pan y el Agua que sacia nuestra hambre y sed, el Pastor, nuestro Guía, nuestro Consuelo... Él, hombre de dolor y de esperanza, ha quedado para siempre inserto en el tejido de la historia, herida por la muerte, el sufrimiento y la injusticia, y, con su presencia, ha transfigurado el pasado, el presente y el futuro. Ya no hay oscuridad que no pueda ser iluminada.

En Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, nos comprometemos a defender la dignidad de todo ser humano, esperando que, cuando Él venga como Señor y Juez de la historia, pueda decir de nosotros: “porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme” (Mt 25,35-36). La fe nos mueve a la caridad y la solidaridad con el dolor de nuestros hermanos, y nos sigue movilizando ante el escándalo del hambre en nuestro mundo.

***Y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria a juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.***

La vida de Jesús muestra la confianza incondicional en Dios y el exceso de amor de Dios al mundo. En su sufrimiento y muerte de cruz por nosotros se ha desvelado el amor del Padre por cada uno de sus hijos. Tenemos una deuda de amor con Aquel que nos ha rescatado con su sangre, y estamos llamados a vivir con inmensa y generosa gratitud, en la dinámica del don y la entrega. Por ello, ante los reduccionismos de un “amor” que dejan vacío el corazón humano, no nos cansaremos de anunciar un Amor incondicional, que excede toda expectativa, absolutamente gratuito, entregado y servicial, capaz de sacrificio y fiel, sobre el que se sustenta el matrimonio, la familia y la sociedad.

Y confesamos que la muerte no tiene la última palabra. La resurrección de Jesucristo suscita en nosotros la esperanza. El anuncio de Cristo resucitado recorre como un eco gozoso toda la historia y se actualiza en cada tiempo. Él es el eternamente vivo, el que restaura la alegría, el que hace experimentar su presencia viva y resucitada en la comunidad reunida, en la proclamación de la Palabra, en la celebración de los sacramentos, en el servicio a los pobres y la caridad, e incluso en la persecución y el dolor.

***Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria y que habló por los profetas. Y en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Reconocemos un solo bautismo para el perdón de los pecados. Esperamos la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén***

Afirmamos juntos que el Espíritu Santo es una persona divina, que, al igual que el Hijo eterno de Dios, procede del Padre. Los cristianos recibimos el Espíritu Santo por medio del Hijo, con el que siempre está en relación. Redimidos por la muerte y resurrección de Cristo, el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (cf. Rom 5,5). El Espíritu es la fuente de agua viva que vivifica a la Iglesia, el que la guía hacia la verdad, la embellece con la diversidad de sus dones y carismas, y la renueva con la luz del Evangelio. El Espíritu suscita la fe en cada creyente conformando la comunidad de los fieles cristianos y conduce a la Iglesia hacia la unidad plena, haciéndola

superar las divisiones que obstaculizan el proyecto del Reino. Por eso, constantemente invocamos al Espíritu Santo para que nos conceda el don de la unidad visible siguiendo la petición de Jesús: “Padre que todos sean uno para que el mundo crea” (Jn 17,21).

El mismo Espíritu que descendió sobre los Apóstoles en Pentecostés es el que actúa también más allá de las fronteras visibles de la Iglesia, en los hombres y mujeres de otras religiones, en otras culturas, donde encontramos signos de la presencia del Reino, lo que nos lleva a colaborar y a cooperar con todos los hombres, y a trabajar incansablemente por la paz y la justicia. Por eso, con la fuerza del Espíritu Santo, nos comprometemos a potenciar comunidades abiertas y acogedoras, que sean signos proféticos de comunión integradora y de esperanza, oasis de misericordia en los duros desiertos de la vida, espacios de reconciliación, posada donde Jesucristo, el Buen Samaritano, pueda continuar cuidando a los hombres y mujeres rescatados de los bordes de los caminos.

Reconocemos un solo bautismo, realizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo para el perdón de los pecados, que nos mantiene unidos en la Iglesia una, santa, católica y apostólica, y nos hace caminar por este mundo como peregrinos de esperanza, con el corazón y la mirada puesta en la patria del cielo. Avanzamos hacia la meta de la resurrección y la vida eterna, que contiene en sí todas las “metas menores” a las que el ser humano aspira, procurando que estos cielos y esta tierra anticipen ya, de algún modo, los cielos nuevos y la tierra nueva que juntos ansiamos alcanzar, lo que nos compromete a trabajar por la paz mundial y la convivencia entre los pueblos.

**Esta es nuestra fe**, la fe que, con alegría, queremos seguir proponiendo y anunciando a todos, sin distinción. La fe que hemos recibido, que custodiamos y que no podemos esconder, por muchas dificultades que encontremos para llevar a cabo nuestra misión, porque si callamos, “gritarán las piedras” (Lc 19,40).

Intentando ser testigos alegres del Evangelio, proclamando nuestra fe no solo con palabras sino también con nuestras obras, buscaremos con creatividad nuevos lenguajes para que los hombres y mujeres de nuestro siglo puedan experimentar su encuentro personal con Jesucristo, y recibir el anuncio gozoso de la misericordia de Dios, convencidos –con Agustín de Hipona– de que “nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”.

**Amén.**